

Índice

Agradecimientos.....	13
Prólogo a la reedición 2012	17
Introducción	23

Primera parte

La guerra (abril-junio 1982)

Capítulo 1. Jóvenes en armas.....	31
Capítulo 2. Movilizaciones	49
Capítulo 3. La guerra en casa	77
Capítulo 4. La guerra en las islas	105

Segunda parte

Brechas e imágenes (1982-1990)

Capítulo 5. Mutilaciones.....	127
Capítulo 6. Derrota y estupor	153
Capítulo 7. Guerreros de dos guerras. Los militares y Malvinas	177
Capítulo 8. La democracia y Malvinas (1983-1987).....	199
Capítulo 9. Volveremos. Los ex combatientes	211
Capítulo 10. Se reabre el panteón.....	241

Tercera parte

Archipiélagos de la memoria

Capítulo 11. Regresos	261
Capítulo 12. Marcas.....	287
Capítulo 13. Canon en fragmentos	317
Capítulo 14. El silencio imposible: el kirchnerismo y Malvinas	343

Epílogo. Archipiélagos de la memoria: las islas ante portas.....	363
Fuentes y bibliografía citadas.....	387

Capítulo 1

Jóvenes en armas

Pro patria mori, morir por el cuerpo místico político, tenía sentido, cobró sentido, cuando se consideró igual, en cuanto a valoración y consecuencias, a la muerte por la fe cristiana, por la Iglesia, o por la Tierra Santa.

Ernst Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey*.

Los jóvenes argentinos mataban y morían desde muchos años antes de la guerra de Malvinas. En defensa del Estado, como parte de movimientos emancipatorios, o víctimas de atentados y represiones, centenares de hombres y mujeres de menos de treinta años entregaron cotidianamente su vida o la arriesgaron en forma más o menos consciente antes del único enfrentamiento bélico internacional librado por la Argentina en el siglo XX. Fueron decenas de miles de jóvenes formados en este contexto los que experimentaron como combatientes la breve guerra de 1982.

Cuando el 2 de abril de ese año los argentinos amanecieron con la noticia del desembarco en las islas Malvinas (en manos británicas desde 1833) el país llevaba seis años bajo el gobierno militar. El Proceso de Reorganización Nacional había tomado el poder el 24 de marzo de 1976. El gobierno *de facto*, cuestionado en forma creciente tanto por su política económica como por las violaciones a los derechos humanos se ponía al frente de una reivindicación que tenía un fuerte respaldo popular, que lo tendría durante la guerra, y que sería deslegitimada con posterioridad a la derrota. Las islas Malvinas, el territorio irredento ubicado frente a las costas patagónicas, se habían transformado desde principios del siglo XX en un emblema de la nacionalidad, en un proceso de construcción orientado fundamentalmente desde el Estado.¹

Los protagonistas mayoritarios de la guerra de Malvinas fueron los jóvenes conscriptos, bautizados rápidamente como “los chicos de la guerra”. ¿Quiénes eran estos jóvenes? Para comenzar a adentrarnos en la experiencia bélica y posbélica de 1982, deberemos preguntarnos en primer lugar cuál era el lugar de la juventud en la política argentina de la segunda mitad del siglo XX.

Colimbas

El servicio militar obligatorio, una vieja institución en la Argentina (se había implementado en 1904) fue un hito importante en la vida de miles de jóvenes varones argentinos: desde 1973, al llegar a sus dieciocho años (hasta ese entonces era a los veintiuno) fueron sorteados para realizar la conscripción en alguna de las tres fuerzas, pero sobre todo en el Ejército. Popularmente conocido como “colimba” (corre-limpia-barre), hacia la década del setenta –y en muchos casos, aún después– el servicio militar obligatorio era visto como un proceso bajo el cual los jóvenes “maduraban” gracias a la disciplina castrense, traducido en algunos casos en servidumbres y maltratos recurrentes que algunos episodios de la guerra de 1982 exhibieron en sus más crueles consecuencias.²

Mediante la implementación del servicio militar obligatorio se buscó dar cohesión a la nueva república, reforzar el papel del Estado e inculcar una serie de valores nacionales y sociales a los jóvenes. Desde el punto de vista simbólico, estos ciudadanos soldados eran herederos y actores de una religión cívica que construía una escala de valores en base a las virtudes militares, por ejemplo a partir de las biografías de los guerreros de la Independencia, y que contribuía a delinear la autorrepresentación de la nación.³ Estos “cultos laicos” cumplían una función pedagógica, en tanto “celebrar a aquellos ciudadanos que habían cumplido con su deber era exhortar a otros a cumplir con el suyo”.⁴

Si el panteón argentino estaba habitado por militares exitosos (José de San Martín es el “padre de la Patria”), la consolidación del Estado nacional, durante la segunda mitad del siglo XIX, proporcionó otros modelos a seguir: los veteranos de la guerra del Paraguay y los “expedicionarios al desierto”. Pero con la progresiva intromisión de las Fuerzas Armadas en la

política, los soldados bajo bandera, integrantes de regimientos acuartelados, golpistas o leales, comenzaron a verse involucrados en distintos procesos políticos que se produjeron a partir del derrocamiento de Juan Perón, en septiembre de 1955, y que tuvieron como carácter distintivo el alejarse cada vez más de la tradición republicana declamada idealmente a la par que se declaraban directamente herederos de ésta y del imaginario patriótico que la representaba.

En el prólogo a *Operación Masacre*, Rodolfo Walsh relata un episodio que funciona como metáfora de la crisis que el modelo de soldado-ciudadano comenzaba a sufrir. Si para el escritor la sublevación de los generales Tanco y Valle (junio de 1956) fue una suerte de despertar a la política, la muerte que describe retrospectivamente parece un anuncio del futuro que esperaba a muchos jóvenes en el violento proceso político argentino:

Tampoco olvido que, pegado a la persiana, oí morir a un conscripto en la calle y ese hombre no dijo: “Viva la patria” sino que dijo: “No me dejen solo, hijos de puta”.

Nada más lejos del ideario patriótico que esa muerte anónima y solitaria. Nada más alegórico, al mismo tiempo, de un Estado que comenzaba a volverse contra sus ciudadanos.

Esta reorientación de sus funciones se debía a la Doctrina de Seguridad Nacional, que asignaba a las Fuerzas Armadas y de Seguridad el carácter de policía interna en el enfrentamiento ideológico que los analistas y planificadores señalaban como característico de la política de la Guerra Fría.⁵

Un militante de la Juventud Peronista que hizo el servicio militar entre 1974 y 1975 en el Regimiento 3 de La Tablada (una unidad que combatió en Malvinas) recuerda que un subteniente los reunió para explicarles que ya no les darían cierta parte del entrenamiento (aquella relativa al combate urbano y manejo de armas pesadas), puesto que “luego lo usaban contra ellos”. Al mismo tiempo, “veía cómo cambiaban las cosas dentro del Ejército. Los pocos oficiales dentro del Ejército que eran de la Triple A se iban ensoberbeciendo, empezaban a operar... veía cómo afilaban en el cuero el cuchillo para la degollina”.⁶

Desde el año 1973, las organizaciones armadas —el ERP en particular, pero también los Montoneros con posterioridad a 1974— adoptaron como

parte de su práctica militar los asaltos a cuarteles. Cuando el 23 de diciembre de 1975 el ERP fue masacrado en su ataque a Monte Chingolo, la memoria de muchos ya atesoraba los recuerdos de los intentos de copamiento, entre otros, del Comando de Sanidad (1973), Azul (1974) o el Regimiento N° 29 de Infantería de Monte (1975).⁷

Miles de adolescentes y jóvenes bajo bandera vivieron en ese clima de enfrentamiento bajo la amenaza de los ataques guerrilleros, cuando no participaron directamente de los enfrentamientos.⁸ Dalmiro Bustos, padre de un soldado en Malvinas, señala esta situación:

Nuestros hijos pasaron junto con nosotros por el tremendo clima de la subversión. Fue lo más próximo a una guerra que hemos sufrido. En esa época los muchachos tenían unos catorce años, y no fueron protagonistas de esa situación. Fuera de esa situación, la Argentina desconocía la guerra. Dentro de nuestros hogares, a pesar de las diferencias lógicas de posturas y costumbres, nuestros hijos no habían salido aún de nuestra tutela protectora.⁹

Durante su servicio militar, los jóvenes podían ser víctimas de la guerrilla en una rutinaria operación de control –como Guillermo Félix Dimitri, el conscripto que murió en un tiroteo con Ana María González, la buscadísima autora del atentado contra Cesáreo Cardozo en 1976– o en combates abiertos, como en el caso de los copamientos a cuarteles. Y en el marco de la represión ilegal más de ciento veinte de ellos fueron secuestrados durante su servicio militar,¹⁰ como recuerda un ex conscripto que realizó su servicio en Campo de Mayo entre 1976 y 1977:

El sargento Salgado (...) aprovechó una formación para recomendarnos que fuéramos buenos soldados, que nos portáramos bien para que no nos pasara lo que a Parada “... que ahora le está cantando a los angelitos” (...) Aunque desde el momento en que vi cómo Parada era llevado del brazo y obligado a subir a una camioneta y más aún con lo que sucedió en días posteriores tuve la sensación de que era víctima de una acción represiva, en ningún momento se me ocurrió que podía hacer algo por evitarla. Con el paso de los años, mi convicción se ha mantenido inalterada.

En las circunstancias en las que nos encontrábamos, ni yo ni mis compañeros podríamos haber hecho nada eficaz para evitar la desaparición de Parada.¹¹

El servicio militar representaba una dura prueba para muchos de los que debieron hacerlo. El mismo ex conscripto señala que “al atardecer del primer día pensaba que me haría desertor y me fugaría al extranjero. No tenía novia ni una pareja estable que pudiera retenerme, mis padres eran relativamente jóvenes y se valían por sí mismos y no creía poder soportar cerca de doce meses en esas condiciones; cualquier cosa era preferible a ese lugar absurdo y ridículo en el que me encontraba y donde reinaba la más absoluta arbitrariedad”.¹²

Los *colimbas* participaban de controles, apoyo a operativos y custodia en fábricas. Así sucedió, por ejemplo, en grandes establecimientos industriales como Ford o Astarsa, en la zona Norte, o los astilleros Río Santiago, en la zona Sur, donde los conscriptos permanecieron meses vigilando las plantas y controlando al personal, y participaron en detenciones masivas en los días iniciales del golpe de 1976.

Además de la amenaza latente de los ataques de la guerrilla, convivían con indicios más o menos claros de la represión ilegal. En 1978 Marcelo Schapces, durante su conscripción en Campo de Mayo, conoció a “dos o tres suboficiales (...) que habían estado en Tucumán en el operativo Independencia” y que hablaban de su experiencia.¹³ Por otra parte, el joven testigo de la desaparición de su compañero de conscripción recuerda que un suboficial, Víctor Ibáñez,¹⁴ se franqueó con él:

—La verdad es que estoy repodrido de estar allá, en Plaza de Tiro
—se refería al polígono que se hallaba a unos dos kilómetros de la
compañía.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Es muy jodido, allá hay tipos detenidos, prisioneros...

—¿Ah sí? —fue mi poco expresiva respuesta.

—Sí, y los tipos están encadenados y encapuchados todo el
tiempo. Es una porquería, a veces se cagan o se mean encima...

—¿Sí? ¿Y también hay mujeres?

—Hay hombres y mujeres.

—¿Y también las minas están... encapuchadas?

—Sí.

—Qué jodido... ¿y vos tenés que vigilarlos?

—Sí, en realidad, más que vigilarlos, prepararles algo de comida y darles de comer casi sin sacarles la capucha.

—Qué jodido... —el tono de mi comentario no connotaba ninguna desaprobación, sino más bien una cierta solidaridad ante alguien que tuviera que hacer algo meramente desagradable.

En medio de los bostezos de la hora de la siesta la conversación tomó otro rumbo. En realidad, sólo recuerdo este fragmento a través del cual por primera vez tuve conocimiento de que existían campos de detención que con el tiempo se calificarían de “clandestinos”, donde alojaban a los que después se denominarían “detenidos-desaparecidos” y que un sitio tan macabro se hallaba a menos de dos kilómetros de donde estábamos.¹⁵

En otras ocasiones, como le sucedió a Javier Saubiette, las vinculaciones con la represión eran mucho más directas:

Un amigo mío cumplió el servicio militar en Ejército, en Campo de Mayo. Le contó en 1978 a mi vieja que allí, cuando hacían las guardias, veían los helicópteros bajar a un edificio gigante. Al preguntar qué era esa edificación le contestaron “es el hotel”. Ahí tenían a los secuestrados. Es decir: todo lo veían los chicos del servicio militar, los colimbas. Una mezcla de impunidad e impericia (...) Me acuerdo de un día. Comían un asado, durante una guardia. Sabían que mi hermano estaba desaparecido y decían que los desaparecidos “son gente que se ha ido del país, unos pocos están muertos en combate”. Yo salté: “¿Cómo? Mi hermano desapareció y de acá mismo”. “Bueno”, replicaron, “es un caso” y lo repetían, lo repetían.¹⁶

Asociados a la experiencia de la colimba había una gran cantidad de episodios vinculados a las prácticas militares de disciplina y formación, que muchas veces adquirirían la forma de tratos humillantes. Edgardo Esteban, un periodista que en 1982 combatió en las Malvinas recuerda muy críticamente su experiencia del servicio militar obligatorio:

En 1981 efectué el servicio militar en Paracaidismo, algo que yo quería hacer. Vi que en vez de servir a la patria terminabas siendo sirviente de los oficiales o suboficiales de turno. Racionalmente no se puede comprender el maltrato que ejercían sobre los soldados, llevarte a los cardales y hasta agarrar los cardos con las manos, andar como una cabra clavándote piedras en los testículos... Te preguntabas, ¿qué hice yo para merecer esto? Yo tenía diecinueve años; ¿qué habíamos hecho para ser castigados con esa brutalidad? (...) Había terminado el secundario (bachillerato) y quería huir de mi vida de entonces. Nada me podía hacer suponer que esa “huida” iba a ser tan larga. Fui un buen soldado, y en la colimba no hay que ser bueno: hay que ser vivo. Yo servía a las estructuras de ellos, era dócil. Ellos tenían una soberbia de poder absoluta y total. Oficiales jóvenes trataban a un cabo como basura. Yo me preguntaba por qué. Trataba de entender esas torturas físicas y psicológicas que realizaban. Con temperaturas bajo cero llevarnos a los baños a limpiar obsesivamente los azulejos. Flexiones de brazos en terreno escarpado. Parecía que querían demostrarnos que éramos dóciles animalitos al servicio de sus caprichos. Buscaban lastimarnos. Se emborrachaban, se enfurecían cuando perdían un partido de cartas, te basureaban de una manera salvaje hasta que te necesitaban. Entonces olvidaban el maltrato. Los soldados éramos sirvientes de estos tipos, que se habían metido en la carrera militar por falta de un proyecto personal de futuro. Eran como castas, los oficiales, los suboficiales. Yo llegué en una etapa de final para ellos. Se venía abajo el poder militar.¹⁷

¿Qué se sabía de estas vejaciones antes del ingreso al cuartel? El folklore acerca del servicio militar obligatorio incluía gran cantidad de estos relatos. Sin embargo Esteban, como muchos otros, piensa que la colimba era algo que “quería hacer”. Y Marcelo, a quien ya citamos, tras evocar la sensación de aislamiento que le produjo el servicio militar y compartir valoraciones como las de Esteban acerca de sus superiores, recuerda el sufrimiento de vejaciones por su religión (“a vos te toca la guardia de Navidad porque total

sos judío”) pero aun así valora positivamente el servicio militar porque “fue una experiencia copada desde lo físico (...) Una experiencia de supervivencia, desde lo moral, desde lo físico”.¹⁸

La disciplina tenía mucho librado a la arbitrariedad e imaginación de los encargados de hacerla cumplir. Los castigos físicos, las exhibiciones ridículas, eran parte del repertorio de la “justicia militar” ante faltas a la disciplina. Este esquema, como surgió de las denuncias que florecieron en junio de 1982, fue trasladado a las islas Malvinas durante la guerra:

También por esos días, después de un “baile” propinando por el suboficial responsable de Automotores, alrededor de diez soldados terminaron mojados al revolcarse en unos charcos producidos por la lluvia. La solución que encontró el suboficial consistió en ordenar que se suban a los tres o cuatro plátanos que se hallaban frente a la compañía hasta secarse (...) En alguna oportunidad llegué a presenciar unos soldados que, como castigo, eran estaqueados más o menos como en la época de Martín Fierro.¹⁹

Aun en este contexto, conviene no perder de vista que para muchos jóvenes el servicio militar obligatorio representaba una posibilidad real de inclusión social. Oscar Poltronieri, el soldado más condecorado en la guerra de Malvinas, lo recuerda de este modo:

Yo estuve un año haciendo el servicio militar y en el cuartel aprendí muchas cosas. Yo no sabía leer ni escribir y ahí me llevaron al colegio. A mí me gustaba con locura porque yo me hubiera podido salvar del servicio militar y no quise.²⁰

Guillermo Huircapán, soldado del Regimiento de Infantería 25, señala como una particularidad que en su sección (45 personas) “casi todos teníamos el secundario completo, algunos incluso habían cursado unos años en la universidad. Por eso nos llevábamos bien y teníamos cierta capacidad para analizar las cosas, cosa que en la mayoría de las otras secciones no ocurría porque había muchachos que no sabían leer ni escribir”.²¹

Este último era el panorama más frecuente en los regimientos asentados en las zonas más pobres del país, y la modalidad de reclutamiento regional

acentuaba tales contrastes. Así, un teniente 1º que combatió en las filas del Regimiento de Infantería N° 5,²² al elevar un informe a sus superiores finalizada la guerra, consigna que “el 80% de su compañía eran analfabetos” y que en consecuencia proponía tener en cuenta la “no conveniencia de realizar incorporaciones regionales que produce un gran desequilibrio de nivel educacional entre las unidades (...) La incorporación de soldados con cierto grado de desnutrición que ante la disminución de calorías en la alimentación no contaban con las defensas suficientes y necesarias”.²³

Revolucionarios

Algunos jóvenes comenzaron a participar en organizaciones políticas que le disputaron el monopolio de la fuerza al Estado, y que en ese proceso se apropiaron o resignificaron muchos de sus símbolos.²⁴ La radicalización de la juventud fue un fenómeno que conmovió profundamente a las Fuerzas Armadas, encargadas tanto de “formarla” como de combatirla en sus aspectos más extremos.

En algunos casos, los jóvenes militantes fundamentaron su opción en la misma formación que el Estado les había impartido. El 28 de septiembre de 1966, durante el gobierno *de facto* de Juan Carlos Onganía, un grupo nacionalista secuestró un avión de Aerolíneas Argentinas que iba a Río Gallegos y lo desvió a las islas Malvinas, aterrizó en Puerto Stanley e izó la bandera nacional, en lo que se conoce como Operación Cóndor. El periodista Héctor Ricardo García recuerda que “un mes antes [Dardo] Cabo, jefe de la acción, reúne a 16 jóvenes cuyas edades oscilan entre 18 y 31 años, y comienza a prepararlos para el operativo. Primero, explicando lo que se hará, luego por qué, más tarde cómo. Y finalmente, lo más difícil: a lo que se expondrán. La cárcel es el tema número uno (...) Pero lo real es que todos estaban dispuestos a terminar en ella. Sin rencores y sin temores. Pese a su juventud promedio (el mayor tiene 31 años) no temen pasar varios años entre rejas, pues creen que su causa es más que justa, y que están colaborando en algo netamente argentino”.²⁵

Los jóvenes, entre quienes militaba una mujer, estaban vinculados al nacionalismo de derecha y al peronismo, y eran estudiantes y obreros, la mayoría relacionados con la Unión Obrera Metalúrgica. En su “Declaración”

publicada por la revista *Así* meses después, reivindicaban su condición de “cristianos, argentinos y jóvenes”, pertenecientes a “una generación que (...) asume sin titubeos la responsabilidad de mantener bien alto el pabellón azul y blanco de los argentinos” y que “prefiere los hechos a las palabras”.

Esa responsabilidad la concretaron tomando la posta del Ejército en la defensa de la soberanía nacional, porque la instrucción que habían recibido los habilitaba para ello:

La responsabilidad de nuestra soberanía nacional siempre fue soportada por nuestras Fuerzas Armadas. *Hoy consideramos le corresponden a los civiles en su condición de ex soldados de la Nación demostrar que lo aprendido en su paso por la vida militar ha calado hondo en sus espíritus pues creemos en una patria justa, libre y soberana (...)* En nombre de todos cuantos habitan nuestro suelo y en especial la juventud argentina, o concretamos nuestro futuro, o moriremos con el pasado.²⁶

Por último, las organizaciones armadas surgidas en las décadas del sesenta y setenta, por sus mismas características operativas, destinaron un lugar central a la formación militar, y a la vez se nutrieron y estimularon los aspectos propagandísticos vinculados a las virtudes militares leídas en clave revolucionaria.²⁷ El PRT-ERP, por ejemplo, instituyó el 22 de agosto como el “Día del combatiente revolucionario”, en homenaje a sus militantes asesinados como represalia del intento de fuga de Trelew (1972). El número homenaje del *Estrella Roja*, publicado en el primer aniversario de la matanza, incluye semblanzas biográficas de los caídos en los que las menciones al cumplimiento del deber, la entrega de la vida y el sacrificio, tienen inmediatas resonancias con los calificativos empleados para hablar tanto de los revolucionarios como de los guerreros de la Independencia.

Carlos Astudillo, por ejemplo, “era simplemente un santiagueño bueno y sencillo, un muchacho que amaba a su patria y a su pueblo y un hombre que empuñó las armas porque no podía soportar que los patrones de adentro y de afuera sigan engordando con el sudor y la sangre de nuestros hermanos”. Mario Delfino “murió primero porque era uno de los mejores”.²⁸

Vísperas

No deja de ser un elemento para mencionar que tres de las películas que abrieron la dictadura militar como tema de debate al gran público durante los años de la transición a la democracia tengan como espacio privilegiado a la escuela. Tanto *La noche de los lápices* (Olivera, 1986) como *Los chicos de la guerra* (Kamin, 1984) y *La historia oficial* (Puenzo, 1985) tienen una mirada muy crítica a las aulas, desde distintas perspectivas, pero enfatizando en los tres casos el carácter represivo y pseudo militar del sistema educativo. Los jóvenes que transitaron la escuela secundaria en los años de la dictadura vivieron una experiencia teñida por el hecho de que el gobierno *de facto* veía en ellos tanto posibles subversivos como el futuro de la Nación.

Aquellos combatientes en Malvinas que pudieron hacerlo, por su edad, cursaron su escuela secundaria a partir de 1976, es decir, el mismo año del golpe militar. Y aunque miles de ellos ni siquiera habían terminado la escuela primaria, es importante destacar el clima cultural en relación con la juventud en el que crecieron. Algunas de las características más represivas de la escuela se exacerbaron, pero otras, de más larga data, continuaron funcionando como lo hacían desde principios de siglo. A finales del siglo XIX, sectores de las elites “preocupados por la formación de la nacionalidad” asignaron a la escuela un lugar central en este proceso, puesto que “para ellos la defensa de la integridad de la patria se convertía en una demanda fundamental, superior a la de los intereses individuales, de modo que los lazos que ligaban a los individuos debían asentarse en una moral patriótica que garantizara su actitud de entrega a la nación”.²⁹

En relación con este punto, Rosana Guber reconstruyó en forma muy completa el lugar que la ocupación británica de las islas Malvinas ocupó en ese proceso, sobre todo a partir de la década de 1930. Los testimonios acerca de un sentimiento de algún tipo en relación con las islas Malvinas *antes de 1982* son recurrentes: pasan por la reivindicación territorial, y el espacio central de su construcción fue la escuela:

Cuando estaba en 5° grado tenía una maestra que me hablaba mucho de las Malvinas. Empecé a tenerles una bronca terrible a los ingleses, por eso cuando fui a las islas me dio una gran alegría. Pensé en la Patria y no en los tiros, ésa es la verdad.³⁰

Martín Balza, que combatió en Malvinas como teniente coronel y fue Jefe de Estado Mayor del Ejército en la década del noventa, recuerda que

“Las Malvinas son argentinas”, repetía la maestra allá en la escuela de Salto, mi pueblo natal. En ese momento no comprendía el verdadero significado de esas palabras. Sin embargo, fueron forjando en mí un sentimiento difícil de explicar que, sin duda, compartimos la gran mayoría de los argentinos. La Escarapela, la bandera, el Himno y la imagen de Malvinas, en un marco de guardapolvos blancos, son símbolos que se arraigaron profundamente en el corazón de muchas generaciones.³¹

En resumen, la sociedad argentina de los años setenta y ochenta, además de tener incorporada la guerra en su vocabulario cotidiano, era un colectivo habituado a la muerte y a la violencia políticas, que a la vez tenían a los jóvenes como uno de sus actores principales. Una visión dominante establecía que esta última estaba originada en la “subversión” y el “terrorismo”, pero frente a estos hechos, desatados por “jóvenes descarriados”,³² la propaganda oficial podía oponer otra juventud como modelo, que en gran medida se nutría de virtudes militares. Un manual de Instrucción Cívica sostenía que

Se necesitan muchachos
de cuerpo robusto y alma sana
con ideas claras, sentimientos nobles
y voluntad firme.
Leales y generosos; puros y sinceros
respetuosos de sí mismos y de los demás
resueltos a capacitarse
para construir un mundo mejor
y una Patria más gloriosa [...]
La Patria necesita de esos muchachos
y los necesita con urgencia.³³

La probabilidad de una guerra con Chile fue un episodio que retrospectivamente puede ser visto como un adelanto de las imágenes que poblarían la prensa argentina entre abril y junio de 1982: movilizaciones de tropas,

solidaridad con los soldados, ansiedad y, sobre todo, una posibilidad de imaginar una Argentina unida. A finales de 1976 fue el primero de los incidentes entre las dictaduras chilena y argentina, y produjo un vuelo solidario de personalidades públicas a la zona en litigio:³⁴

Nosotros. Los pasajeros del avión escucharon esa palabra miles de veces el sábado 23 de diciembre. En boca de los soldados que corrían a pedirles autógrafos (“... nosotros somos”). En boca de los oficiales que se sentaron junto a ellos y a los soldados (“Porque nosotros estamos...”). En boca de los mozos conscriptos que se acercaron con las bandejas con empanadas y locro (“Lo hicimos nosotros, los soldados de Jujuy que estamos en Río Grande). En boca de los choferes (“Nosotros le vamos a llevar la comida a los muchachos que están en los puestos de avanzada...”). Nosotros. Siempre nosotros (...) Al caer la noche a más de 3500 km de Buenos Aires, el soldado Jorge Washington Miranday, riojano, de 18 años, estaba nuevamente de guardia en el puesto número..., en algún lugar al Norte de Río Grande. Cerca de su ametralladora descansaba su tesoro: una libreta negra, con más de cien páginas firmadas, autografiadas. Además, revelada de urgencia en el laboratorio del batallón, había una foto. A esta altura, después de casi una semana, la foto está un poco ajada. Pero todavía se puede ver. Muestra a Silvana Suárez, Miss Mundo, birome en mano, firmando un autógrafo en una libreta de tapas negras. A su lado, fusil al hombro, un soldado sonríe con timidez.³⁵

Frente a la escalada bélica, era posible imaginar la apelación a los valores presentes en algunos sectores de la juventud, aquellos orientados por los valores patrióticos. Como en tantas otras ocasiones de la historia, la inminencia de la guerra podía ser vista como una posibilidad de regeneración y reencuentro:

La Juventud Argentina, no puede permanecer indiferente (...) Muchos sectores de la juventud de hoy, amansada en los comités demagógicos o narcotizada con los triunfos efímeros del deporte, no concurre ante las grandes convocatorias de la Nación, pero no

nos desalentamos. Como en el pasado, se hará presente si la Patria la llama.

Nuestro deber ahora es despertarla y enseñarle los problemas que nos afligen. No la llamamos a empuñar las armas. Ya llegará la hora y ojalá no llegue nunca el momento de hacerlo. Por ahora la llamamos para que participe en las maniobras pacíficas de la democracia.

Sabemos que el laudo es nulo y así debe declararlo el gobierno, pero sabemos también que esa resolución categórica y energética, no abrirá los caminos de la lucha armada, sino de las negociaciones decorosas y fraternales. Si así no fuera los argentinos no tendríamos la culpa.

La Juventud Argentina quiere la Paz, pero no queremos una paz a cualquier precio. Es por eso que hago un llamado desde la tribuna a la juventud chilena.

No queremos encontrarnos frente a frente en los campos de batalla, sino juntos, en las mismas legiones libertadoras, como un Chacabuco y Maipú, frente al enemigo común: el comunismo.

No queremos enfrentarnos en los combates sangrientos, sino encontrarnos en el ágora de la defensa de los derechos humanos y en las asambleas libres de la democracia.

Si así no ocurre la culpa no será nuestra. Lucharemos como siempre defendiendo el territorio, los mares, los cielos y el honor de la República.³⁶

En la arena aparecen sintetizados los elementos que hemos venido describiendo: un fuerte imaginario patriótico, el lugar central que la sociedad asignaba a la juventud (obviamente, cuando ésta cumplía con determinadas características) y la noción de que el verdadero conflicto es el ideológico materializado en el enfrentamiento Occidente Cristiano-Comunismo, que había orientado la formación de las Fuerzas Armadas.

Con el desembarco en las islas Malvinas la sociedad argentina, en el otoño de 1982, recibía una nueva posibilidad de unirse frente a un objetivo común. Los protagonistas serían los jóvenes argentinos bajo bandera, los mismos que habían participado en la “lucha contra la subversión” y que “estaban haciendo guardia”, como rezaba una publicidad de diciembre de

1975, “para que usted y su familia puedan celebrar en Paz”.³⁷ Otra vez sonaba la hora de la juventud. Nuevamente en un escenario académico, estas fueron las palabras de asunción de rector del Colegio Nacional de Buenos Aires en mayo de 1982:

Señores ex alumnos que están luchando por la Patria en las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur, y en los mares del Atlántico que bañan nuestras costas:

Sepan que el histórico Colegio Nacional de Buenos Aires, el Colegio de la Patria, siente orgullo de todos ustedes porque pelean por una causa justa.

Estamos seguros que defenderán el suelo argentino como lo hicieron nuestros mayores.

Esperamos el regreso para cuando el adversario reconozca la legitimidad de nuestros derechos.

Si alguno cae para siempre, ¡Dios no lo quiera!, el Colegio sentirá la sana envidia de saberlos reunidos con los grandes héroes de la Independencia.

¡Viva la Patria!³⁸

Notas

¹ Como señalamos en la Introducción, este libro se ocupa fundamentalmente de los sentidos otorgados a la experiencia bélica de Malvinas, es decir, a un aspecto particular de las relaciones entre el imaginario colectivo y las islas Malvinas conformado luego de la guerra. Rosana Guber ha analizado la construcción de las islas Malvinas como un espacio irredento para explicar su influencia en la identidad nacional de los argentinos. Al respecto véase: *¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, FCE, 2001. El libro ha logrado eludir un aspecto recurrente en los estudios sobre la guerra de 1982, como es el de reducir la acción militar exclusivamente a una mera necesidad política, y explicar qué es lo que llevó a los dictadores, en el marco de una crisis de esas características, a apelar a la recuperación de las islas australes.

² En 1994, en un cuartel de la provincia patagónica de Neuquén, apareció el cadáver del soldado conscripto Omar Carrasco. Las investigaciones posteriores demostraron que había sido dejado agonizante allí luego de una golpiza sufrida a manos de un oficial y algunos de sus compañeros. Este incidente motivó que en junio de ese mismo año, por un decreto presidencial, el servicio militar dejara de ser obligatorio. Una excelente descripción literaria de las condiciones de vida de los ciudadanos durante la conscripción a finales de

la década del sesenta es la novela de Guillermo Saccomano *Bajo Bandera*, Buenos Aires, Planeta, 1991.

³ George Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Londres, Oxford University Press, 1990, p. 105.

⁴ Antoine Prost, "Monuments to the Dead", en Pierre Nora (dir.), *Realms of Memory. The Construction of the French Past*, Nueva York, Columbia University Press, 1996-1997, Volumen II, "Traditions", p. 329.

⁵ Ariel Armony, *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1999, pp. 34 y ss.

⁶ Entrevista a Juan Salinas, Asociación Civil Memoria Abierta. 6 y 11 de noviembre de 2002.

⁷ El libro de Gustavo Plis-Sterenberg *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2003, reconstruye minuciosamente la mayor de estas operaciones armadas.

⁸ En Monte Chingolo, por ejemplo, murieron cuatro conscriptos y fueron heridos quince. Durante los bombardeos a Plaza de Mayo, en junio de 1955, murieron diez conscriptos. En el ataque montonero al cuartel de Formosa murieron diez conscriptos.

⁹ Dalmiro M. Bustos, *El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas*, Buenos Aires, Ramos Americana Editora, 1982, pp. 57-58.

¹⁰ El libro de José Luis D'Andrea Mohr, *El Escuadrón perdido*, Planeta, Buenos Aires, 1998, registra 128 casos de desapariciones de jóvenes producidas mientras realizaban su servicio militar. Por parte de la fuerza éstas eran tramitadas como "deserciones".

¹¹ Guillermo Obiols, *La memoria del soldado. Campo de Mayo (1976-1977)*, Buenos Aires, Eudeba, 2003, pp. 98-100.

¹² *Ibíd.*, p. 50.

¹³ Entrevista a Marcelo Schapces, Asociación Civil Memoria Abierta. 18 de noviembre de 2002.

¹⁴ Ibáñez protagonizó, a mediados de los años noventa, una saga televisiva a partir de su "arrepentimiento y confesión".

¹⁵ Guillermo Obiols, *La memoria del soldado...*, op. cit., pp. 124- 125.

¹⁶ Susana Falcón, *20 años. Memorias de la impunidad y el olvido. Argentina 1976/1996*, Sevilla, Organización Nacional de Ciegos de España, 1996, pp.162-163.

¹⁷ *Ibíd.*, pp. 109-111.

¹⁸ Entrevista a Marcelo Schapces, Asociación Civil Memoria Abierta. 18 de noviembre de 2002.

¹⁹ Guillermo Obiols, *La memoria del soldado...*, op. cit., pp. 82- 83.

²⁰ En Graciela Speranza y Fernando Cittadini, *Partes de guerra. Malvinas 1982*, Buenos Aires, Edhasa, 2005, p. 23.

²¹ *Ibíd.*, p. 22.

²² Este regimiento tuvo su asiento en la isla Gran Malвина. Prácticamente librado a sus propias fuerzas debido a la superioridad aérea y naval británica, padeció severas restricciones alimentarias.

²³ Fondo Luis Moreno Ocampo. Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta.

²⁴ La superposición simbólica llegó a instancias insospechadas. En septiembre de 1976, en pleno embate represivo sobre sus cuadros, los Montoneros difundieron la *Carta de un oficial del Ejército Montonero al General Carlos Alberto Salas, Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano*:

“Señor General: Mensajes como el suyo del 17 de agosto desentonan gratamente con el coro de consignas tan fáciles como falsas, con que a diario se intenta aturdir y embrutecer a nuestro pueblo, simplificando lo que es complejo y embarullando lo que es claro (...) Este sistema corrompido, los militares indecentes que secuestran, torturan, violan, mutilan y matan prisioneros inermes en defensa de los negocios del General López Aufranc, presidente de Acindar, ya no pueden sostenerse, por más baños de sangre con que pretendan ahogar el clamor de todo un pueblo. Porque además, contra este sistema fundado en la negación de todos los valores que San Martín consagró con su vida ejemplar, surge hoy una fuerza organizada.

Si ellos son hijos de Canning, de Rivadavia, de Mitre, de Sarmiento, de Roca, de Justo o de Braden, nosotros lo somos de Rosas, de Dorrego, del Chacho, de Felipe Varela, de Scalabrini Ortiz, de Perón. Y hemos aprendido con Evita que sólo la fuerza del pueblo organizado podrá derrotar a la fuerza de la antipatria.

¿A cuál se parece el ejército que San Martín organizó en el Plumerillo para llevar a Chile la Guerra, ‘vestidos con bayeta o en pelotas como nuestros paisanos los indios’, con armas rudimentarias fabricadas por el cura Beltrán, llevando a lomo de mula hasta el forraje para los caballos a través de la cordillera?

¿Al ejército cipayo que se entrena en Washington y dispone de todos los medios económicos para llevar a cabo una sucia guerra de exterminio? ¿O a este Ejército Montonero que estamos construyendo, improvisando soldados con abogados como Belgrano y con trabajadores explotados como los que guerrearón desde San Lorenzo hasta Ayacucho, sin más plata que la que hemos sabido conseguir jugándonos la vida, sin otras armas que las que podemos recuperar de los cuarteles y comisarías o de las que fabricamos con tecnología argentina y capital argentino expropiado a monopolios extranjeros?

Creemos como Usted, general, que la unidad nacional es un bien precioso a cuyo logro no deben escatimarse esfuerzos ni sacrificios (...) Es seguro que existen, ente usted y nosotros, distintas apreciaciones, sobre éstos y otro asuntos. Pero es un deber de hidalguía militar reconocer en sus palabras del 17 de agosto una buena fe, una limpieza de propósitos dignos de encomio. Los hombres como Usted siempre tienen un lugar disponible a nuestro lado, en este nuevo Ejército que estamos creando de la nada, como lo tuvo que hacer San Martín, para construir una nueva Patria, grande, potente, generosa, como la que alentó en los sueños el Libertador” (citado en Roberto Baschetti, *Documentos 1976-1977. Golpe militar y resistencia popular*, La Plata, De La Campana, 2001, p. 226).

Esto no fue privativo de los grupos vinculados al peronismo: El Ejército Revolucionario del Pueblo adoptó para su bandera la misma disposición y colores que la bandera del Ejército de los Andes, sólo que la estrella roja de cinco puntas reemplazaba al escudo nacional. Algunos de los atacantes al cuartel de Monte Chingolo se agruparon en el Batallón Urbano “José de San Martín”.

²⁵ Citado en Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997, Tomo I, p. 94.

²⁶ Citado en Rosana Guber, “1966: La otra Operación Cóndor”, en *Todo es Historia*, Nº 417, abril de 2002, p. 22. Mi subrayado.

²⁷ Para la mayoría de sus críticos, ésta fue la clave de su derrota. Véase por ejemplo: Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005.

²⁸ Todas las citas en *Estrella Roja*, Nº 23, 15 de agosto de 1973, en Daniel De Santis (selección), *A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

²⁹ Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001, pp. 216-217.

³⁰ Adrián Bravo, ex combatiente, citado en Jorge Grecco y Gustavo González, *Argentina: el Ejército que tenemos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 153.

³¹ *Clarín*, 2 de abril de 1997.

³² En junio de 1976, Ana María González, una joven montonera, colocó una bomba bajo la cama del jefe de la Policía Federal y lo mató. El modo en que se había infiltrado —fingiendo amistad con una de las hijas del militar asesinado— dio pie para que la propaganda construyera una imagen de la juventud que se volcaba a la subversión en términos alarmantes (González tenía 19 años). Uno de los nudos de esta caracterización era señalar a los jóvenes como carentes de ideales y espíritu de sacrificio, “arruinados” por unos padres que les daban todo. En particular quien se especializó en esta versión fue el conocido periodista Bernardo Neustadt, que publicó un artículo llamado “¿Se preguntó cuántas Ana María González hay?”. Poco después, la prensa controlada por el régimen daba a publicidad versiones alarmantes acerca de la “penetración subversiva en el ámbito educativo”. Ana María González murió luego de un enfrentamiento con las fuerzas de seguridad un año después.

³³ Teófilo De María, *Organización institucional y política Argentina vigente durante el Proceso de Reorganización Nacional. Auxiliar didáctico complementario de “Instrucción Cívica”*, Buenos Aires, Ediciones Civismo, 1981, p. 4.

³⁴ La tradición de los *charter* como práctica política en la historia argentina, desde el vuelo de retorno de Perón, a la propuesta de Bayer de cargar un avión con exiliados y aterrizar en Ezeiza para realizar una denuncia internacional, para llegar al vuelo de notables a Malvinas y el “tren de la anticumbre” de 2005, debería ser motivo de reflexión.

³⁵ *Gente* Nº 701, diciembre de 1976.

³⁶ En Isaac Francisco Rojas, *La Argentina en el Beagle y Atlántico Sur*, Buenos Aires, Diagraf, 1978, pp. 124-125.

³⁷ Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998, p. 222.

³⁸ Colegio Nacional de Buenos Aires, *Discurso pronunciado por el Doctor Alfredo de Las Carreras al asumir el cargo de rector del Colegio Nacional de Buenos Aires*, p. 14.